



Foto: Marceliano Pión

Por Víctor E. López M.\*

Estudiante de la Facultad de Arquitectura, Arte y Diseño  
Universidad Autónoma del Caribe

Cuando escuchamos o vemos la frase “carnaval”, a muchos se nos viene a la mente la palabra “espectáculo”; a otros, solo les importa el tiempo libre para descansar o quizás para irse a algún sitio de retiro o viaje para romper con la extenuante rutina. Sin embargo, hay a quienes tal frase los motiva a trabajar durante muchos meses; meses atrapados en horas y horas de planeación, de distribución, de diseño, de ensayos tras ensayos para lograr captar las miradas y admiración de todos los espectadores que habitan y viajan a ese único

lugar del mundo en donde la llamada “vergüenza” desaparece casi instantáneamente, puesto que solo en ese lugar, en esa fecha anhelada, salen a flor de piel las más “brillantes locuras” que el ser humano pueda expresar en mente, cuerpo y alma; en donde se desinhibe de lo que por mucho tiempo lo ha tenido preso, sujeto y amarrado; la pérdida de ese miedo a expresar, de ese miedo al rechazo, a la burla, al señalamiento de la famosa etiqueta “del qué dirán”; el carnaval la hace posible, la hace innegable, la hace tangible a cada uno de nosotros.

Es por ello que, el Carnaval es la representación de la paz hecha disfraz, ya que, más allá de la música, de las comparsas, de los rituales o protocolos, de las imponentes carrozas, hasta de la misma reina del carnaval; es cuando todos somos lo que realmente somos, lo que queremos ser, lo que queremos mostrar, y lo más importante: nadie nos señala, nadie se burla de uno, al contrario, se burlan con uno, porque ya no hay vergüenza, ya no hay qué esconder; entre más uno muestre, más le aplaudirán, lo aceptarán. No hay diferencias físicas, espirituales o sexuales, porque todos respetan a todos.

En el carnaval se van abajo todos aquellos estereotipos que tanto la sociedad y nosotros mismos nos hemos impuesto. Aquí, los famosos roles femeninos y masculinos se invierten. Un hombre puede llevar flores y falda, y una mujer puede usar bigote y espada, y aun así, está bien. Los estándares de belleza sobrelorados a los que estamos acostumbrados ya no importan; todo en el carnaval es alegría, risas, momentos de magia, locura y diversión para todos. La alegría se convierte en llanto y el llanto en alegría; las asperezas se esfuman, las deudas y conflictos pasan a otro plano y se olvidan, solo hay jocosos momentos y fotos que quedan para recordar.

*Nadie nos señala, nadie se burla de uno, al contrario, se burlan con uno, porque ya no hay vergüenza, ya no hay qué esconder, entre más uno muestre, más le aplaudirán, lo aceptarán.*



Foto: Guillermo González

El carnaval es el disfraz del alma, es la expresión de ella convertida en traje, pero no me refiero a ese traje de lentejuelas, de brillos, de colores brillantes representando a algo o a alguien; hago alusión a ese traje invisible que todos llevamos, ya que anduvo apagado por la cotidiana vida que llevamos. Por tal motivo, para mí, todos los días de mi vida quisiera que se convirtieran en carnaval, porque es sinónimo de paz, de respeto, de alegría y de amor. Es ese carnaval que todos llevamos dentro, lleno de locura, que nos lleva a ir más allá de lo lógico, de lo racional, de lo que es correcto o no, porque en carnaval todo es correcto, todo se vale, no hay limitaciones en ser uno mismo y eso para mí significa la paz hecha disfraz. ■



Foto: Carlos Capella